

La obra de Carla no parte de un discurso previamente elaborado al que se trata después de ajustar una representación plástica correspondiente. En sentido inverso, esta serie parte más bien de una sensación, de un deseo primigenio por expresar *algo* que se siente, se percibe, se teme o se desea pero que aún no se ha podido verbalizar. Tal vez es por esto que los trazos iniciales de la pinturas comenzaron siendo irreflexivos, a manera de un ejercicio en el que se “suelta el lápiz” para obtener una serie de figuras primigenias sobre las que más adelante se trabaja ya de manera conciente. Del mismo modo, lo que estos cuadros narran a los espectadores no es un discurso organizado, interpretable como un conjunto de signos con significados convenidos, sino la representación plástica de los fragmentos de una conciencia que encuentra en su expresión una coherencia intrínseca basada en la yuxtaposición de diversos materiales y elementos.

En algunos casos se trata de una sola figura, en otros se trata de varios elementos relacionados que dialogan entre sí. El detalle de las formas es sumamente minuciosos y requiere de una observación atenta: cabellos, uñas, pétalos de flores cobran una relevancia particular al haber sido trazados y retocados. Llaman también la atención los círculos negros dibujados sobre los cuerpos que remiten probablemente al Kundalini de la cosmovisión de

Brahama; esto es, la energía misteriosa que mueve al mundo y que en el cuerpo humano se localiza en la base de la columna vertebral. Así, nos encontramos con figuras de contornos suaves pero precisos, que dan una clara sensación de lo orgánico, lo vivo. Pero la narración no queda reducida a las figuras y sus detalles; líneas continuadas y círculos que parecen una suerte de ventanas hacia otro algo no dicho pero insinuado, completan la sensación de estar observando una obra que se mueve simultáneamente en distintos planos, no solo espaciales sino también referenciales.

Limpia y minuciosa, de grandes espacios monocromáticos y pequeños microuniversos coloridos, un poco a la manera oriental y un poco irreflexiva, de una ambigüedad que juega con lo que parece y lo que es, la obra de Carla puede parecernos la lucha por poner en orden los elementos de una conciencia que irremediamente seguirá negándose a obedecer una lógica impuesta.

Mayra Roffe